

LA URRACA.



El desayuno de la urraca, copia del cuadro de Mr. C. Frontin.

Vean nuestros lectores la copia de uno de los mas lindos cuadros que han merecido uno de los premios de pintura en la Exposicion de Paris, en el año pasado de 1865. Es el desayuno de la urraca, monsieur Frontin, y se titula el desayuno de la Urraca, SEGUNDA SERIE.—1866.

AÑO XXIV. 13

Esa niña y ese aldeano mocito, son evidentemente hermanos, la urraca es también de la familia, y permitásenos esta suposición, es mayor que ellos.

Según sabemos nosotros, se ignora la fecha de su nacimiento, y creemos que los que hubieran podido decirnoslo, no son ya de este mundo. Séanos permitido el suponer que el de más edad de los dos niños, todavía no había venido al mundo cuando ya hacía largo tiempo que el pájaro hablador y chismoso, charlaba y metía ruido en la casa.

Al sentar este hecho, no es nuestra intención el citar un ejemplo de esa maravillosa longevidad, que la credulidad del vulgo atribuye sin examen ni criterio á las emplumadas comadres de su especie.

No podemos admitir que hay ó ha habido urracas que han vivido muchos centenares de años, porque sabemos que algunas muriendo á la edad de veinte á veinte y cinco años, ciegas y gotosas, parecían haber llegado entonces á lo que para sus semejantes es el límite de la extrema vejez.

Cualquiera que sea la edad de la urraca de que aquí se trata, basta el verla para poder afirmar que ocupa en la casa la más elevada posición. Esto no alude al clavo colocado en lo alto de la pared de donde ordinariamente se cuelga su jaula de mimbres.

Trátase solo de los privilegios que le asegura la habitual sumisión de sus amos y de su indisputable despotismo, privilegios de que no usa, sino que abusa; como por ejemplo el de tomar sin ton ni son la palabra, ó hablar á todos con insolencia y alzar la voz más que nadie.

Importuna y exigente no deja de aturdir á las gentes con sus reclamaciones. Así en la mesa no deja vivir á los convidados, si no le dan su pitanza. Necesita que le den la primera cucharada de sopa, los primeros garbanzos del cocido, y en los postres ha de picar la fruta y coger un pedazo de queso.

Viene la hora de cenar y alborota con sus chillidos sino la dan un poco de asado y una sopa mojada en vino.

Todo podría pasarse si tuviese alguna simpatía por la mano que la alimenta y que la cuida. Todo menos eso, y ay de esa mano que acaba de darle algo, si se presenta vacía á las afiladas mandíbulas del olvidadizo ya que no ingrato pájaro!

La sangre le saltará y tendrá una punzante herida el imprudente bienhechor que se fie en la memoria del beneficio.

La urraca, que casi siempre tiene abierto el pico, dicen que no lo abre sino para charlar, para comer ó para morder.

Volviendo, pues, á la niña y al mocito del lindo cuadro de Carlos Frontin, diremos que es cosa convenida que los dos niños son hermano y hermana.

Al ver en su semblante impreso un tinte de melancolía, adivinaremos que son huérfanos. Tan jóvenes y abandonados á sí mismos, tienen ya todos los cuidados y pesares de la vida: el luto en lo pasado, las necesidades de lo presente por satisfacer y la preocupación del porvenir.

¿Cómo la niña ha conservado la aureola de la feliz indiferencia de la infancia? Apenas acaba de cumplir doce años y ya ella sola cuida y hace todo lo que hay que hacer en la casa.

Su hermano, que tiene algunos años más que ella, es obrero en una fábrica lejos de allí. El palo de viajero que

ha colocado al lado de la mesa sobre que se ha sentado, indica que tiene que hacer una larga caminata para ir á ganar durante su laboriosa jornada, el pan que amasará su hermana.

Es por la mañana: los dos han orado bajo los ojos de la Santa Imagen y á cuyos pies sus padres rezaron antes. *Mariquita* se ha despertado á su hora. Han bajado su jaula sobre la mesa.

La urraca, dejada en libertad, se ha colocado encima del techo de la jaula, aguardando la sopa, que la niña más madrugadora que ella ha calado ya.

Antes de marcharse el mocito, asistido de su hermana, preside el desayuno del pájaro, que le fué legado por el último descendiente de su parentela, con la habitación en donde los dos han nacido.

Fácil es el ver en la triste calma de su fisonomía, que el cuidado diario de alimentar por turno á *Mariquita*, es un deber que cumplen y no un placer con que se recrean.

El pensamiento del autor de esta sencilla y encantadora composición, nos parece haber sido este.

A dos buenos niños una excelente y anciana abuela, á la que veneraban, ha confiado el cuidar con esmero á su querida urraca, y lo desempeñan con la gravedad y el respeto que impone la religión de los piadosos recuerdos.

¿Porque la buena mujer ha amado tanto á este pájaro de mala índole, que dicen que no toma cariño á nadie?

Porque había llegado á esa edad de renuncia de sí mismo, en que animales y personas se apresuran á amar gratuitamente, sin pensamiento ulterior de reciprocidad, porque no hay ya tiempo de amarlos más que por sí.

Los niños tienen el corazón menos desinteresado, menos fácil, no están dispuestos todo lo más que á pagar el cariño que se les muestra, y en punto á amistad, sabido es que el natural de la urraca, no es propenso á tomar la iniciativa.

Un sábio zoólogo, tan entendido como exacto observador, el autor de la *Ornithología pasional*, Mr. de Toussenel, ese elocuente defensor de los gorriones, despreciados porque no se les conocía bien, se ha convertido en acusador público para fulminar contra la urraca una sangrienta demanda, porque tiende nada menos que á la destrucción general de su especie.

Su cólera, que no es más que la indignación de una naturaleza generosa contra un carácter malvado; su cólera es tal, que querría él mismo ser el exterminador, el verdugo de los que ha condenado.

Acusa á la urraca de todos los vicios, le atribuye el instinto de todos los crímenes, desde el espionaje que incomoda, hasta la delación que mata; desde el robo hasta el infanticidio.

Nadie negará que es justa la acusación.

La ha fulminado el mejor amigo de los pájaros, empero en todo caso, ¿la sentencia no es demasiado severa?

En algunas calles de Madrid, en las tiendas de los zapateros de viejo y en muchas porterías, se ven urracas que hacen las delicias de estas pobres gentes, y si bien no son de utilidad estas aves, les sirven de distracción, y no hay motivo para privar á nadie de lo que le divierte, cuando de ello no se sigue perjuicio á otro.

Además, dice el refrán antiguo que *de gustos no hay nada escrito*.

LA CIENCIA EN FAMILIA.

UN PASEO AL JARDIN DE ACLIMATACION DE PARIS.

(Continuacion).

III.

LOS GALLINACEOS.

De como las gallinas pueden hacer olvidar muchas preocupaciones.

—¡Ah! Dios mío, exclamó mi encantadora discípula, mirando sorprendida un pesado hemicycleo monolito delante del que nos encontrábamos, ¿qué monumento es este? Se parece al templo de Serapis, y bajo sus bóvedas deben verificarse horribles misterios.

—Es simplemente un gallinero, contesté sonriendo. Educado á la sombra del palacio de bellas artes, estudios muchas veces mal interpretados de lo antiguo han persuadido sin duda al arquitecto de que los egipcios hacían de este modo los gallineros. Tal vez, en efecto, en su adoración á todos los animales edificaron templos á la raza de los gallinaceos. El autor del monumento que tiene vd. á la vista, creyendo arreglarse á una venerable tradicion, y confundiendo el templo con la simple habitacion, ha querido dar una lucida muestra de su ciencia, construyendo este pesado gallinero, que me parece muy poco respetuoso para los dioses.

Se ve que nuestro mal humor nos disponia para la critica.

—La forma es desgraciada, añadió, pero al menos son buenos los materiales. Está hecho de un solo trozo, y con una argamasa impenetrable á la humedad. Hay en este templo veinte palacios que cada uno de ellos encierra una familia distinta.

—¿Qué hermosa ave es esa que se pavonea á la puerta, y que parece mirar qué tiempo hace, antes de aventurarse á salir?

—Es, señora, el gallo de Sonnerat, de la India, que vive en estado salvaje en los bosques de aquel país.

—¿Qué barbaridad la de encerrar en un sitio tan estrecho á un animal que debe amar sobre todo su libertad!

—Si lo que se dice es cierto, hace mucho tiempo que debe hallarse habituado á la servidumbre, porque se le considera como el tronco original de nuestros gallos del campo.

Segun los naturalistas, de él descienden las innumerables variedades á las que la diferencia de climas y de alimentos han impreso modificaciones particulares.

—¿Qué ilusion me quita vd.! ¡Cómo! el gallo gaulo, el gallo nacional en otro tiempo ¿es originario de la India? Solo los sabios son capaces de ideas tan subversivas.

—Mírele vd. salir con su acompañamiento de gallinas que le reconocen como á su amo y señor.

—Vaya un contrasentido, me dijo mi compañera. Elegir para nuestros ejércitos franceses un ser rodeado de esclavos. Mas justo hubiera sido dejar á los turcos ese capricho. Las mujeres entre nosotros no son las esclavas del hombre.

—Tiene vd. razon, señora, aquí es muy al contrario.

—En la apariencia al menos, pero en la realidad no me costaría trabajo probar á vd. que al tomar mando una mujer, muchas veces toma un amo, un tirano terrible.

—El gallo, repliqué, tendría entonces una gran ventaja sobre nosotros. Si vd. hubiese podido estudiarle solo unos dias en el campo, hubiera vd. reparado que bajo sus modales de sultan, se ocultan infinitas delicadezas. ¡Qué cuidado á cada instante por las compañeras que se ha elegido! ¡qué maneras tan politicas, tan cultas: es el verdadero emblema de la galanteria! ¡Cómo llama á las gallinas cuando encuentra un buen pedazo de comida! ¡Cómo se mantiene apartado hasta que ellas han comido! Pero, ¿por qué se rie vd.?

—Lo que vd. me está diciendo me recuerda un baile en donde me hallaba este invierno. Acababan de dar las dos. Se habia bailado mucho, se habia refrescado muy bien con excelentes sorbetes, pero el hambre que todos comenzaban á sentir habia disipado la alegría. Se abrieron las puertas del comedor. Un magnifico ambigú apareció sobre un bufete espléndidamente iluminado. Yo no hice por mi parte mas que entreverlo, porque los caballeros, cuya galanteria vd. dice es proverbial, se lanzaron, se precipitaron á empujones sobre el buffet, y sin la energía de los criados habituados á superar aquel primer choque, nosotras las señoras, solo hubiéramos encontrado las migas. Nuestras armas parlantes hubieran quedado por embusteras, verdad es que despues se ha reemplazado al gallo por una águila, que es, creo, un animal muy voraz.

Pareciéndome muy atinada la observacion de mi compañera, traté de hablar de las cualidades del gallo, y que no podrán negársenos á nosotros mismos.

—Este ave, dije, añade á su carácter de una solicitud y politica exquisita un valor á toda prueba. Que venga otro gallo á mirarle de través, ó que se aproxime con demasiada persistencia á sus gallinas, y le verá vd. con el ojo altivo, la cabeza levantada, enseñar sus espolones, y dirigirse al enemigo, aunque sea tres veces mas fuerte que él, y.....

—Sobre este punto, me dijo vivamente mi compañera interrumpiéndome, no podremos como en los anteriores estar absolutamente acordes. Yo no digo que enfrente del enemigo..... pero cuando se trata de las mujeres, lejos de defenderlas, las ataca con las mas pérfidas armas. En el mundo los hombres hablan mas mal que bien, y van á competencia sobre cual despliega mas fatuidad en este capitulo. No se resienta vd. por eso, amigo mío; vd. va poco á las sociedades del gran mundo, ¡y además un sabio....!

Soberbio fué el movimiento de cabeza que acompañó á estas palabras. Duraba el mal humor.

—Es verdad, dije yo tristemente, no soy mas que un pretendido sabio, un nadie, pero....

¡ba á añadir á pesar mío, alguna tontería, cuando una exclamacion de sorpresa me cortó muy felizmente la palabra.

Siguiendo la mirada de mi linda discípula en historia natural se fijaron mis ojos en un personaje efectivamente muy cómico.

—Este es, señora, el gallo de las riñas, originario de Holanda, esta especie es la mas grande y la mas fuerte de Europa. Su ancho pecho, su cabeza echada hácia atrás, su cresta de medio lado, su aire arrogante y pendenciero, forman el tipo del maton, del baratero, del espadachin mas completo.

—¿Y su canto corresponde á su plumaje?

—Sí, señora, en todo lo que este anuncia de malo. Lejos

de parecer al héroe de la Mancha, que no batallaba sino por los buenos cantos, es el pendenciero sin motivo, y por todo. No piensa mas que en esto y se cuida poco de las gallinas, que compromete, en lugar de defenderlas. Siembra por do quier el desórden y mas bien se pelearia consigo mismo, que estarse quieto. Añada vd. á esto que su carne es áspera como su carácter y comprenderá vd. porque no está bien recibido en ningun corral.

—Hay gentes de esta clase, ¿no es verdad, caballero? ¿Qué necesidad hay de aclimatar semejante bicho?

—No sabe vd., señora, que en todos tiempos las riñas de gallos han sido el pasatiempo y aun la pasión de gentes desocupadas. Entre nuestros queridos vecinos los ingleses, es á la vez un importante negocio y los mas seductores espectáculos. Se escita muchos meses antes con un elemento fortificante y con diarios ejercicios á los campeones que deben de figurar en estos combates. Se exalta constantemente su humor batallador, y llegado el gran día se les hace una toilette especial, se les calzan sus espolones con acero, se les pone lo que no es difícil, de mal humor, y delante de una asamblea elegida, numerosa, entusiasta y atenta, se les lanza uno contra otro en la arena. ¡Si supiese vd. con que fiereza y ferocidad se miran, como se observan, erizan sus plumas y se mantienen tiesos sobre sus patas! Su cresta se pone de color de escarlata, el temblor del furor se apodera de ellos, bajan la cabeza como dos carneros y se precipitan el uno contra el otro.

Entonces nadie respira, los ojos se hallan fijos en ellos, el silencio es tan grande que se oye el menor estremecimiento de sus alas.

Los dos campeones se enlazan, y en medio de la nube de plumas que se arrancan no parecen los dos sino un solo cuerpo. Considerables apuestas se hacen por uno ú otro de los adversarios, y en medio del combate y en voz baja se hacen otras mas grandes todavía. Se pierden ó se ganan fortunas á un golpe de espolon ó con un falso movimiento ó una imprudencia de uno de los agresores. Corre la sangre en la lucha y está indecisa primero largo tiempo: pero ya los hábiles reconocen en uno de ellos síntomas de debilidad. Se defienden mas que atacan: el instinto de la conservación recobra sus derechos: se doblan las apuestas sobre su antagonismo, la ansiedad está en su colmo, comienzan los gritos, se mueve la gente, aplauden con las manos. El primero, no hay duda, va á ser vencedor, los que han apostado en favor del vencido piensan en su dinero perdido. Ha derribado en el suelo su enemigo, se monta sobre él como sobre un través: un picotazo mas y está asegurada la victoria. Pero ha contado sin los traidores espolones que su adversario endereza en un último esfuerzo. Dos anchas heridas señaladas por dos arroyos de sangre le hacen soltar su presa. Redóblanse los gritos, dícense injurias, le enseñan los puños, le insultan cual si fuese un hombre. Nada oye, sus ojos se velan, vacilan, se le caen las plumas y muere en medio de los gritos y silbidos de la muchedumbre.

—¿Y las mujeres asisten á este espectáculo?

—En las reuniones aristocráticas no señora, pero el público se compone de personas de ambos sexos.

—Una vergüenza es para el pueblo estos instintos tan crueles, y mas todavía para un gobierno en no reprimirlos.

—Señora, si vd. se toma la pena de evocar sus recuerdos no tardaria en envolver en igual reprobación á la humanidad. ¿Que son las ignorantes riñas de gallos comparadas con las que en otro tiempo hacian las delicias del pueblo

romano, en donde hombres y mujeres, ignorantes y hasta santos eran espuestos á las fieras sirviendo de espectáculo al populacho?

—Pero desde entonces acá ¿cuántos progresos no hemos hecho?

—No se lo negaré á vd. Sin embargo, á pesar de la aparente dulzura de costumbres subsiste el instinto de ferocidad. La menor circunstancia revela de pronto lo que la prudencia, la educación, las consecuencias y el buen gusto nos obligan á ocultar. ¿No vemos que muchas gentes, mujeres sobre todo, se levantan antes de ser de día y con el tiempo mas malo van á instalarse con muchas horas de anticipación delante de un cadalso para ver caer la cabeza de un criminal? ¿No hacen esto por la sola necesidad de satisfacer un secreto é invencible instinto de crueldad? ¿Qué diremos de las corridas de toros tan celebradas y tan queridas en España? ¿Qué de los combates de osos y borricos



con perros? En América se anuncian por carteles luchas de hombres que á puñetazos se destrozan el rostro y se matan.

—Basta, caballero, hablemos de otra cosa: mire vd. que gallo tan hermoso: ¿es tambien batallador como su vecino?

—No, señora. Pertenece á la raza de Dorkings, notable por su bella presencia, su grande cresta roja, y sobre todo por los cinco dedos de sus patas. La Inglaterra es la mas famosa por sus aves para la mesa de las gentes ricas. Pero repare vd. mas lejos las muestras de la raza española. Aquel gallo está lleno de orgullo como un hidalgo embozado en su capa negra: su cresta recortada y recta se parece á la pluma encarnada de un caballero.

—Mire vd., me dijo mi discípula, unas gallinas que no merecen mi aprobacion. ¡Qué desgarradas son en sus movimientos! ¡qué poco elegantes en su modo de andar sobre sus patas altas, amarillas y torpes. y qué plumas tan ordinarias!

—¡Silencio, señora! tenga vd. cuidado de que no la oigan, porque aunque sin duda no son vanidosas, sus amargas pa-

labras de vd. podrian ofenderlas. Esas feas, pero escelentes gallinas, vienen de muy lejos y todas las buenas labradoras bendicen al primero que tuvo la idea de traerlas á Francia.

Es la raza ehang-hay, malamente llamada cochinchina. La gallina de esta preciosa especie, convengo con vd. en que no es hermosa, tiene formas rústicas, y á pesar de su plumaje habana, color muy á la moda este año último, no debe de tener mucha gracia para vd. Pero es una madre cuidadora de una fecundidad maravillosa, cuyos pollos no temen ni al calor ni al frio y se desarrollan rapidísimamente. Añada vd. á esto que no son delicadas en la comida, que todo les viene bien y les aprovecha, que crecen mucho, y que criando á sus pollos la madre, no deja de poner al menos ciento ochenta huevos al año.

—Respeto íntimamente, señor mio, sus escelentes cualidades, ¿pero no cree vd. que hubieran podido conciliarse con una traza mas elegante? ¿Será vd. de los que piensan que la forma escluye el fondo?

—Si alguna vez hubiese caído en semejante error, hace largo tiempo, señora mia, que vd. me hubiera hecho salir de él.

—Déjese vd. de tonterías: vd. no piensa en mí, y si yo tuviese la hipócrita timidez de una inglesa, vd. me hubiera hecho ruborizarme de pies á cabeza. ¿Qué animalito tan bonito es ese? ¡mire vd. que contraste, qué miniaturol parece una gallina mirada por el lado grande de un antejo de teatro.

Como Gulliver en el reino de Brobdignac, mi compañera se bajó para contemplar de mas cerca una gallina liliputiense, coqueta, pizpireta, bien cortada en su pequeña talla, vestida de una encantadora pluma jaspeada, llevando sobre su linda cabecita una cresta doble de color esarlata.

—Es una muestra de la raza enana de Java, la dije, una hermosa inutilidad.

—Dios mio, me dijo mi discípula, quitándose su guante para acariciar mejor la linda cabeza de aquella gallinita familiar, permítame vd., aunque soy una ignorante, que le recuerde la lógica. Desde el momento en que vd. añada á esta palabra *inutilidad* el adjetivo de *hermosa*, vd. destruye completamente el sentido. Si una cosa nos parece hermosa no puede ser inútil: y si el mundo se despojase de las inutilidades cuya vista nos causa una sensacion agradable, las cosas segun vd. realmente útiles, serian ellas solas muy impotentes para consolarnos del fastidio de vivir. Yo no soy filósofo; tal vez en este punto de vista voy á aparecer á vd. critico, pero no puedo menos de decirle que los utilitarios puros me han parecido siempre asemejarse mas á los animales que á los hombres. No ver utilidad sino en lo que es necesario á nuestro bienestar, es despreciar todo cuanto mas elevado hay en nosotros: es negar el espíritu, desconocer esa bella facultad que cada hombre posee en un grado mas ó menos puro: el sentimiento de lo hermoso y de la armonía: es en una palabra, no tener en cuenta lo que nos distinguen de los animales.

Admiraba yo sin pensarlo, y como á pesar mio, la blanca y delicada mano de mi rebelde discípula, mientras dirigia este violento, pero justo apóstrofe, contra esa clase de gentes que siempre me ha sido mas antipática tal vez que ella misma: y si bajo cierto punto de vista no podia dispensarme de mirar aquella demasiado ignorante persona, como una hermosa inutilidad, es porque justamente yo la creia incapaz de elevarse á la investigacion y al estudio de

las cosas de la naturaleza, que me han parecido siempre las mas dignas de nuestro interés en el mundo *mens blanda in corpore blando*.

—Una bella alma bajo bellas formas, dije, es lo mas irresistible que hay para nuestro espíritu; ¡pero que raro es esto! ¡cuántas veces bajo la mas rica capa se ocultan las mas horribles miserias!

—Caballero, la amabilidad de vd. es toda científica. Mi vanidad tiene que elegir. Fea ó ininteligente me deja vd. en el embarazo de la eleccion. Con que vd. me dirá á que he de atenerme.

Iba ya á disculparme cuando llegamos cerca de la gran pajarera. La vista de los faisanes, de los que el macho lleva tan hermoso plumaje, cambió el curso de la conversacion.

—Ahí tiene vd., me dijo, á un personaje que reconozco, aunque no lo he visto mas que en la mesa, donde le hacen figurar con su hermoso plumaje y cual si estuviese pronto á volar.

—Sí, señora, la dije, es el faisán comun. Este hace mucho tiempo que se halla aclimatado entre nosotros. Se dice que fué introducido en Europa despues de la expedicion de los argonautas. Es el pájaro de *Phas*, de donde su nombre latino *phasianus* nos ha dado el de *faisán*. Todavía existe en el Asia Menor, su pais originario, en un estado salvaje. Es una de las mas hermosas aves de nuestros climas, y cuando de repente toma su vuelo, dando un grito agudo y apareciendo todo matizado sobre los arbustos donde se pára á la sombra, el corazon del cazador salta de emocion. Si la escelencia de su carne ocasiona su perdicion, muy frecuentemente el modo brusco y ruidoso de tomar su vuelo le salva la vida. La sorpresa que causa hace temblar la mano, turba la vista: el plomo mal dirigido no puede alcanzarle, y el cazador demasiado impresionable envidia la suerte de aquellos viejos Nemrod á quienes nada conmueve. Mire vd., señora, esta curiosa especie: su pluma toda blanca no tiene mancha alguna, y salvo la forma se diria que era una ave muy diferente. Tambien hay ahí otras variedades eminentes y manchadas con motas, que sin duda un día se verán en nuestros bosques.

—¡Qué hermoso pájaro es ese que parece tiene plumas de plata y ese otro dorado engalanado como un capitán general de gran gala!

—Esos dos faisanes nos vienen de la China, de donde han sido introducidos en Europa en el siglo XVIII, por el célebre fundador del museo británico, Hams Sloane. Estas magníficas especies, cuya carne es escelente, viven muy bien en nuestras praderas y aun en algunos bosques. Otra especie recientemente importada del Japon, el faisán de Semmering, puede por su hermoso color encarnado con reflejos dorados y lo largo de su cola que pasa de un metro, sostener la comparacion con estos últimos.

—Estos tienen en la cabeza un adorno mas gracioso.

—Son, señora, faisanes del Asia Central: se les llama encapuchonados por esas plumas largas y sedosas que reparará vd. en su nuca, y que levantan á manera de plumero.

—¡Qué ronco, penetrante y desagradable grito acabo de oír! dijo mi compañera volviendo la cabeza.

—Es un pavo real, la contesté yo, llevándola hácia donde estaba. Venga vd. á ver este curioso espectáculo; mire vd. que complacido hace la rueda ostentando un ancho abanico, levantando la cabeza y las plumas de reflejos metálicos de su larga cola. ¡Qué variedad en sus movimientos y posturas, y que contento se pone de que le estemos mirando con curiosidad!

—Puede, dijo mi linda discípula, perdonársele en favor de su admirable plumaje, y de esa armonía de colores donde se mezclan las zonas y matices aterciopelados de las mas hermosas flores, que brillan cual piedras preciosas; pero cuando pienso que muchas veces nosotras, esposas de esos señores de frac negro, traje triste é ingrato si los hay, los vemos hacer la rueda delante de nosotras, pensando que se les admira y tomar posiciones académicas, y aires de conquistadores, no puedo menos de ser muy indulgente con un ave tan hermosa como el pavo real.

—Tiene vd., señora, á su vista á la derecha, un animal el mas comparable á las gentes ridículas de que vd. habla.

—Sí, me contestó, seguramente: ¡qué estúpida postura! que hinchado, lleno de sí mismo y grotesco, al mismo tiempo que seguro de agradar! ¿No es el pavo?

—Sí, señora.

—Pues bien: cuanto mas observo á los animales que vd. tanto trabajo se toma en enseñarme, mas me persuado que en el género humano se encierre todos sus tipos. He visto algunas veces en nuestros salones pavos gordos hinchados, de los que este seria una fiel fotografia. Conozco entre otros un hombre muy rico, que para enseñar sus diamantes y hacer ver su fortuna lleva debajo de la corbata una magnífica chorrera, aunque ya no sea de moda. Redondo como una bola, con el rostro encarnado y estúpido, el cráneo adornado de algunos raros cabellos grises, con la mano puesta en la cadera, me mira con frecuencia, con ojos que quiere poner ternos y que le hacen parecer mas bestia todavía. Veo en su ridícula facha que se dice á sí mismo: Tan buen mozo como soy y con la fortuna que tengo no necesito decir mas que una palabra para que esta viudita sea mi mujer; pero puedo encontrar otra cosa mejor.

—Señora, ¡cuántas cosas sabe vd. leer en una fisonomía! La observacion de vd. es perfectamente exacta. No solo nos recuerdan los animales ciertos tipos de la especie humana, sino muchas veces tambien sus caracteres. La Fontaine está lleno de observaciones de una rara finura en este género en sus fábulas. La vanidosa estupidez, la satisfaccion de sí mismo, cuyo aire marca su persona, hacen del pavo un tipo harto comun en el mundo. Al mismo tiempo es soberbio y cobarde, toma aires de maton y huye. Su andar es estúpido, pesado, y sus apetitos brutales y glotonos.

—Seria difícil no reconocer en su persona alguna de esas gentes ricas y bestias que de tiempo en tiempo tenemos la desgracia de encontrar en la sociedad.

—Señora, el verdadero pavo tiene al menos la ventaja de que su carne es excelente y que sazonado con trufas es uno de los platos mas sabrosos que pueden presentarse en una mesa. Sucede algunas veces.....

—¿Qué un pavo se come á otro?

—Sí, señora, aunque el refran dice que un lobo no muerde á otro. Un gloton muy conocido pretendia que para saborear este suculento plato se necesitaban dos: el que lo come y el pavo.

—Interesante conferencia, y que por nada en el mundo hubiera yo querido interrumpir.

—Tal vez, señora, porque ese gastrónomo tenia mucho talento. Volviendo al pavo es preciso confesar, si queremos ser justos, que el estado de domesticidad no les ha sido favorable, al menos bajo el punto de vista físico.

El pavo silvestre es una ave hermosa cuyo plumaje no carece de armoniosos colores de un verde bronceado metálico: sus formas son tambien mas esbeltas, y está dotado de una agilidad que hace difícil su caza.

En América, estos animales están esparcidos en las praderas que se extienden mas allá del Missisipi, en la region que se llama *Far West*. Viajan en piaras ó bandadas, frecuentemente numerosas, y recorren á veces sin pararse una grande estension del país. Cuando llegan á la orilla de un rio se dejan caer en la parte mas elevada de la orilla, y allí se quedan dos ó tres dias como en deliberacion, despues, subiéndose á los árboles á una señal dada por el jefe de la banda, todos echan á volar hacia la opuesta orilla. Los pavos viejos llegan sin trabajo, aunque el rio tenga un kilómetro de ancho: pero los pequeñitos, engañados por sus fuerzas caen al agua y acaban su travesia á nado.

Los misioneros jesuitas fueron los que introdujeron el pavo en Europa.

—Veo que debemos á la América y á sus descubridores muchísima gratitud, porque de aquel continente nos viene un gran número de animales útiles.

—Le hemos dado en cambio casi lo que le debemos. Todos nuestros animales domésticos les eran desconocidos y ha tenido el buen talento de adoptarlos desde su origen, mientras que á nosotros nos ha costado muchas riquezas.

—Volviendo al pavo real que tan bien hacia la rueda ¿hay en el mundo algun país donde se le encuentre todavía en estado salvaje?

—Es muy comun en los bosques de la India, en donde los viajeros están acordes en decir que su plumaje es todavía mas rico y mas brillante.

La hembra que, como vd. ve, no tiene mas que un plumaje de un gris oscuro, que nada se parece al del macho, pone sus huevos en la tierra en agujeros cuidadosamente escondidos, pero que saben descubrir algunas veces los animales á quienes les gustan mucho. Cuentan que á consecuencia de las conquistas de Alejandro, el pavo real se estendió por Europa. Ya en el tiempo de Plinio era muy comun en Italia, en donde lo criaban en las pequeñas islas del litoral. Su carne, muy apreciada entre los romanos, no es realmente buena sino cuando es jóven, pero como entonces no tiene su hermoso plumaje, gusta mas comerlo duro, para servirlo en la mesa con su estendido adorno.

—Es sin disputa, señor mio, el pájaro mas lindo de nuestro país y aun me atreveré á decir del mundo entero. Lástima es que su canto no corresponde á su plumaje, entonces seria una de las mas bellas obras de la creacion.

—Me parece justo, al contrario, señora, que no se haya dado todo á unos y á otros nada. El ruiseñor y la curruca, cuya pluma gris oscura no presenta nada interesante á la vista, tienen por compensacion la voz mas melodiosa que pueda oirse en el fondo de los bosques. ¡Sorprendente cosa es que seres tan pequeños, completamente escondidos entre las hojas de los árboles, donde no puede descubrirseles, llenen los lejanos ecos de aquellas limpidas cadencias con que los ruiseñores encantan las templadas noches de la primavera!

—No soy de la opinion de vd. Si el pavo real tuviese la voz del ruiseñor, seria un pájaro completo.

—Tan completo, señora, que tal vez nunca hubiera llegado á nosotros. Buscado á causa de su carne, esta voz le hubiera descubierto constantemente, y á menos que la esperiencia no le hubiese hecho permanecer mudo, tal vez hace siglos se hubiera estinguido su raza en su propio país.

—Veo, caballero, que es preciso reflexionar mucho antes de hablar, y que no es tan fácil criticar á la naturaleza como á una novela ó una obra artística.

—Señora, dije, sacando el reloj. Ya está vd. libre de un cnidado y de un remordimiento.

—¿Por qué?

—Porque es la hora en que puede estar con ese traje, que tan bien le sienta, sin faltar á las conveniencias de la moda.

—Confesaré á vd. que las gallinas me han hecho olvidar una reflexion que vd. me recuerda, sin duda, porque le ha parecido pueril. Si yo soy su discipula en historia natural, vd. podría serlo mio bajo otros puntos de vista, y quiero hacerle á vd. ver un día que las cosas que á vd. le parecen mas triviales pueden tener su lado serio. Ya volveremos á hablar de esto. Dígame vd., ¿comería vd. esas gallinas y esos pavos exóticos? porque á mí, como alimento, me inspirarian una invencible repugnancia. Me parece que tomando semejante comida me espondría á contraer los hábitos de los pueblos salvajes á los que se les ha ido á buscar.

—¿Qué preocupacion! señora. ¿Qué fatal es este disgusto instintivo hoy á los progresos de la aclimatacion! Sin tener seguramente la idea original que vd. espresa para explicar su repugnancia, muchas gentes se niegan á someterse al régimen de cosas nuevas, plantas ó animales, y de aqui resulta un sensible retardo en el objeto que se ha propuesto la sociedad de aclimatacion.

—Pero ¿no piensa vd. que el régimen influye realmente en nuestras ideas y en nuestros sentimientos? ¿Encuentra vd. poco razonable la opinion de que no es absolutamente indiferente bajo el punto de vista moral el alimentarse de tales ó cuales sustancias?

—Eso seria, señora, negar una cosa tan clara como la luz del medio día, y yo no trato de eso. Nuestro buen ó mal humor, nuestras apreciaciones tristes ó alegres de las mismas cosas, nuestra benevolencia ó nuestra misantropía dependen frecuentemente del estado de nuestro estómago, y de los hábitos que le hayamos hecho contraer. Pero para quedar en lo verdadero es menester no llevar las cosas al extremo. Sabe vd. que si nuestros padres no hubiesen cedido á la ley que llama á los hombres á hacer entre sí cambios de todas especies, nuestros alimentos en Francia se reducirían á muy poca cosa. Casi todos nuestros frutos provienen de Asia. La mayor parte de los animales que constituyen hoy la base de nuestro alimento pertenecen á paises extranjeros, así como todos los condimentos, excepto la sal, y todas nuestras bebidas, excepto el vino.

—Pues bien, señor mio, ¿piensa vd. que tenemos los mismos hábitos, el mismo modo de pensar que nuestros padres viviendo de bellotas en el fondo de los bosques de la Galia? ¿Qué relacion encuentra vd., por ejemplo, entre vd., que es un sabio de amables maneras, y el terrible Vereingetorix?

—Sería una insensatez atribuir estas diferencias á la diversidad de la comida.

—Yo no soy tan esclusiva, me dijo mi compañera, y pienso que vd. no tiene de mí tan mala opinion. Mi observacion, sin embargo, es fundada, y puedo citar recientes ejemplos. Si tengo alguna gratitud al café que hace á vds., señores míos, algunas veces ser amables á nuestro lado, mal digo el tabaco y la cerveza, los dos venenos mas antisociales que mal aconsejados aclimatadores han introducido entre nosotros.

—Verdad es, señora, y si añadimos una multitud de otras bebidas á cuya cabeza se coloca el absinto, esta influencia fatal es mas espantosa de lo que vd. puede suponer. Esta cuestion es muy grave, y no bastaría todo el tiempo de nuestro paseo para dilucidarla como es debido.

¿Conoce vd. esa ave negra, gruesa, salpicada de motitas blancas, cuyo graznido monotono tiene algo de desagradable por lo continuo?

—Sí, señor, es la pintada; me admiro de verla aqui, porque me parece que esta ave es de nuestro país, pues que figura en los festines de los romances de la *Mesa redonda* y de *Amadis de Gaula*.

—Cierto es, señora, que fué introducida en Francia despues de la conquista de los romanos, pero no deja de ser originaria del Norte de Africa. Primero pasó á Grecia, pues vd. sabe que en este pájaro fueron convertidos los dos hermanos de Meleagro, y que las pintas blancas de su plumaje dicen que son las manchas de sus lágrimas. La hembra pone de diez y ocho á veinte huevos que coloca en una mata en donde los empolla. La pintada es bastante buena para comer, pero su natural chillon la hace muy incómoda en los corrales, ademas de haber estado muy á la moda en nuestras mesas, hoy casi se le ha desterrado de ellas.

Mire vd. tambien, señora, ese pájaro de formas un poco pesadas, que parece que se halla muy bien en su casa, es una preciosa conquista americana que se ha aclimatado perfectamente entre nosotros. El hocco es un animal dócil, sociable, viviendo en familia y muy numeroso en los bosques de la Guyana y del Brasil. Por su fecundidad, por la calidad de su carne y lo excelente de sus huevos, los hoccos no ceden en nada á las demás especies de gallináceas. Son del tamaño de un pavo, y su plumaje es negro con reflejos verdosos, y su cabeza tiene un moño elegante de plumitas estrechas y rizadas. Pone al mes de seis á ocho huevos blancos tan gruesos como de pavo.

—Y ese lin lo pajarito con su moño dorado ¿cuál es?

—Es una conquista nueva de California, el colin. Como usted ve, se parece mucho á la perdiz, y no cede en nada su carne á la de éstas, por lo que si llega á aclimatarse rivalizará con estas en nuestras mesas.

—¿Y ese otro pájaro grande que hay en el piso de encima de los colines?

—Es una conquista contemporánea, el lophophoro, que recientemente han traído de la India. Es un precioso animal. El oro, los zafiros y la esmeralda que brillan en su plumaje matizado de púrpura ó azul, segun la refraccion de la luz, su cabeza adornada de un elegante penacho de plumas terminadas en discos dorados, le dan el aire de un pájaro encantado. Debe ademas su nombre á la riqueza de sus plumas. Mas brillante y rico en colores que el pavo real, no tiene, sin embargo, ni su gracia, ni su elegancia. Es feroz y cobarde, y no se domestica fácilmente. Por lo hermoso de su plumaje se trata de aclimatarlo aquí. La hembra ha puesto varios huevos, pero como la asusta el menor ruido, y es mas fuerte el miedo en ella que el instinto maternal, ha perdido todas las crías.

—El que me llama mucho la atencion, me dijo mi discipula, adelantándose á dar algunos pasos, es esa ave que camina con un aire tan filosófico, ¿qué aire tiene de observador! segura estoy de que nada de mi persona se le escapa y que se pregunta seguramente quien soy yo. Tiene trazas de interesarse en cuanto le rodea.

—En efecto, señora, es uno de los mas curiosos pájaros de la pajarera. Se llama el agami, y nos viene de la América Meridional. De la estatura del faisán y mucho mas levantado sobre sus patas, lleva un plumaje negruzco con reflejos morados sobre el pecho y de un ceniciento oscuro sobre la espalda. Este pájaro vuela con mucha dificultad, pero corre tan ligero como un galgo. Se le domestica fácil-

mente y bien pronto se convierte en un servidor inteligente y útil á su amo al que se une, le sigue por todas partes, y obedece sus órdenes solicitando sus caricias y su aprobación. Llama á la puerta con el pico, tira á los criados de los vestidos para que le den de comer, acaricia á los miembros de la familia, á quienes está siempre dispuesto á defender contra toda agresión. Pero todavía hay mas. Bien adiestrado el agami reemplaza al perro del pastor, y conduce perfectamente los rebaños al prado, los vigila y los vuelve á la hacienda haciéndolos entrar á todos con orden hasta el último en el establo cerrando él la marcha. En el corral ejerce una autoridad, la policía; defiende á los débiles contra los fuertes y da extraordinarias pruebas del sentimiento de su justicia al mismo tiempo que el de su autoridad. Como el perro, defiende la hacienda de su amo; se rebela contra los intrusos á los que da de picotazos y sabe llamar en su socorro cuando hay peligro.

—¿Sabe vd., señor mio, me dijo con vehemencia mi discípula, que estoy orgullosa con haber adivinado tan solo con mirarlo una parte de los maravillosos instintos de este interesante pájaro. Y luego dirá vd. que no soy fisonomista.



Aseguro á vd. además que nada es capaz de interesarme mas que las costumbres de los animales, y gran gusto tendría siempre en hablar con vd. de estas cosas.

—Por mi parte veo, señora, con placer que se van disipando las aprensiones de vd. y que no se fastidia tanto como habia temido al comenzar este paseo.

—Confíese vd., amigo mio, con la mano puesta en la conciencia, que al venir á buscarme esta mañana veía vd. con disgusto la empresa de acompañarme á que ligeramente se habia comprometido.

—No vacilaré en convenir en ello siempre y cuando que vd. tenga la franqueza de decirme que tenia una triste opinion de mi compañía.

—Es verdad, me habia formado una idea terrible de un sabio. Me parecia que iba vd. á hablarme en griego y en latin.

—Y yo, señora mia, tenia una falsa idea de lo que es una mujer del gran mundo.

—Ya vd. ve que es verdad, que no todos los proverbios mienten, porque algunas veces los extremos se tocan. Si la ignorancia en mí y la ciencia en vd., han titubeado en darse la mano esta mañana, tal vez esto consistia únicamente en que no conociéndonos bastante teníamos miedo el uno del otro.

(Se continuará.)

EL CENTURION MARCELO BALBO.

Veré Filius Dei erat iste.
Verdaderamente Hijo de
Dios era éste.

(S. MAT., C. XXVII, v. 54.)

I.

Como á la hora sesta de una mañana de julio del año 34 del nacimiento de Jesucristo, echaron pié á tierra dos jinetes á orillas del lago de Genezaret, en un bosquecillo de tamarindos y almeces, bajo cuyo follaje se extendia una risueña alfombra de menuda yerba, que con la rústica fragancia de las silvestres flores que la esmaltaban profusamente, ofrecia descanso y esparcimiento al pasajero en aquellas riberas desprovistas de todo verdor y frescura. El que parecia de mas elevada condicion de los recién llegados, abandonó las bridas al que le seguia, y sentóse distraído apoyada su espalda en el tronco de un árbol, en tanto que el de mas inferior calidad arrendaba los caballos, volviendo luego á colocarse de pié inmediato á su señor.

Habria pasado éste de los treinta años de la vida y la clámide ó capa militar, que manejaba con gentil desembarazo, indicára ella sola estar dedicado á las armas, si su bizarro continente no diera de ello testimonio. Pero aunque de aire marcial y brioso, templaba en él lo arrogante, un vistumbre de profunda tristeza que hacia perder á su grave rostro la espresion agresiva y dominadora, que de no ser así, le hubieran comunicado su penetrante mirada, tostadas mejillas y barba corta y espesa, negra como las plumas del cuervo.

Hacia poco rato que amo y siervo reposaban sumidos en profundo silencio, cuando un alegre relinchar de caballos les hizo advertir en el camino que por delante de ellos cruzaba, una densa polvareda, que rápidamente se iba aproximando, movida sin duda por alguna cabalgata, que ponía gran interés en apresurar la jornada, segun lo apriesa que picaban.

No tardaron en hallarse paralelos al bosque, y uno de los viajeros, caballero en un hermoso corcel, destacóse del grupo avanzando por la pradera hasta bañar los cascos y apagar la sed del noble animal en las aguas del lago. Volvióse con diligencia apretando los ijares á su caballo con intencion de recobrar el tiempo perdido, mas fijando la vista en el desmontado jinete de que ya hemos hecho mérito:

—¡Marcelo Balbo! exclamó ¿eres tú? El Señor te traiga con salud á los brazos de quienes bien te quieren, y apeándose con ligereza, corrió á estrechar cariñosamente al distraído amigo, que hasta entonces no habia fijado apenas su atencion en cuanto alrededor pasaba, pero que ya levantado correspondia á las muestras de cariño que se le prodigaban, diciendo á su vez: